

Teología y espiritualidad en tiempos de pandemia

La imprevista pandemia global ha conmocionado al mundo y ha generado una radical incertidumbre, profunda inseguridad, preocupante indefensión. Ha debilitado nuestras seguridades adquiridas y ha relativizado nuestras referencias. Nadie está inmunizado contra ese virulento ataque. Cuando un sector minoritario de la población mundial había atrincherado su mundo de bienestar a costa de una mayoría marginada, víctima de su explotación de la tierra y acumulación excluyente de bienes, Covid-19 ha saltado fronteras y ha irrumpido en el coto blindado de una sociedad privilegiada, ahora desbordada y atónita.

Esta pandemia plantea preguntas que exigen respuestas urgentes, por supuesto, sanitarias, y además también otras que afectan a nuestra manera de vivir, a nuestras formas de relacionarnos, de comprendernos, de encontrar sentido y orientación ante la vulnerabilidad y levedad profundas de nuestra existencia, de toda la humanidad y del sentido de la afirmación de Dios.

Son preguntas, en especial las económicas, ecológicas y sociales, que hace tiempo debieran haberse afrontado con honestidad y respondido con justicia equitativa; ahora se han alzado con fuerza amenazadora, cuando sin embargo numerosos analistas las habían formulado y habían advertido de su gravedad apremiante. Pero eran desviadas y desatendidas por la prepotencia de poderosos gobiernos y sus estrategias políticas que buscaban ampliar poder y, sobre todo, por una globalización capitalista en su desenfadado afán de beneficios, agresivo y expoliador de pueblos y de sus recursos naturales abocándolos a la pobreza y dependencia.



Estas preguntas ponen de manifiesto y exigen ahora dramáticamente apremiantes respuestas. En este caso, por supuesto, la atención sanitaria es la más imprescindible y urgente; pero también otras y, entre ellas, las que den razón de esta situación que es la parte visible de un profundo iceberg contra el que hemos chocado en nuestro afán de mayor velocidad productiva y consumista, de salvaje competitividad por conseguir beneficios incontrolados, de injusto enriquecimiento a costa de la pobreza de muchos y depredación de la naturaleza.

¿Cómo interpretar este estado de cosas? ¿Cómo responder a los dramas y sufrimiento que este proceso vírico está generando y, por supuesto a un futuro próximo de angustia e incertidumbre? Pienso que la teología puede abrir horizontes de sentido, proponer pautas éticas que marquen caminos nuevos y fundamenten una esperanza teológica profundamente humana en el crítico momento actual.

En una sociedad desviada por mitos modernos antropocéntricos y atraída por símbolos falsos y manipuladores, la teología debe descubrir en esta situación la pandemia de errores generados sobre todo por una equivocada conducción económica capitalista y política neoliberal donde subyace un pensamiento único impuesto por una calculada estrategia servil de los medios de comunicación.

Esta teología debe ser elaborada en el compromiso con la experiencia humana actual, ahora en este proceso pandémico tan complejo y doloroso, y desde ahí ofrecer respuestas orientativas con su testimonio y el sentido de lo que significa el ser humano, ser personas, ser humanidad en un mundo y universo donde todo es relación e interdependencia.

La primera constatación teológica es, a mi entender, experimentar nuestra carencia como individuos. Aunque poseamos y consumamos sin límite, no estamos llenos; somos vacío, es decir, una realidad abierta que no se satisface con tener cosas, poder, dinero, como una falsa ideología nos ha transmitido en un imaginario plagado de engaños que prometía un mundo feliz si asumíamos sus imperativos de sometimiento.

Ese vacío existencial (que no es carencia de cosas) solo se realiza en la apertura comunicativa y relación ética con los demás, con toda la naturaleza, con el cosmos de cuya energía vivimos, donde Dios es sentido, compasión, esperanza y fortaleza. Desde esta teología holística, vivir se comprende como solidaridad, como compartir, como dar y recibir; en última instancia, como amar y ser amado.



La respuesta auténticamente teológica nos abre a soluciones solidarias y transformadoras, a un progreso creativo que se está realizando en el cosmos y al que contribuimos desde nuestro lugar, desde la sencillez de nuestra vida, tejiendo con nuestras relaciones una urdimbre de pluralidad y diversidad, de atención y cuidado, de ternura, de amor.

Necesitamos, por tanto, una teología entendida como reflexión que parte de la vida, de la experiencia y de su implicación dialogante y comprometida con ella; que nos ayuda a contactar con los acontecimientos, interpretarlos, descubrir su sentido, aprender y emprender acciones creativas y solidarias, como ahora las del mundo sanitario con su entrega profesional ejemplar, y de otras muchas personas según sus posibilidades solidarias donde está actuando la energía liberadora de Dios.

Albert Camus concluye su libro ‘La peste’: “Algo se aprende en medio de las llagas: que hay en los hombres más cosas dignas de admiración que de desprecio... El final de la peste no fue una victoria definitiva... Hay que seguir haciendo contra el terror y su arma infatigable a pesar de los desgarramientos personales... La alegría está siempre amenazada porque el vacilo de la peste no muere ni desaparece jamás”.

Esta constatación del premio nobel nos lleva a comprender que hay algo profundo en el ser humano, que aparece en estas situaciones límite, revelándonos lo que somos en el fondo, más allá de las falseadas convicciones transmitidas por intereses egoístas. En definitiva, nos descubre la energía profunda que nos mueve, el espíritu que nos alienta, la realidad que es relación y nos impulsa y motiva, desde la alteridad reconocida, a superar todo dualismo, para experimentar la unidad y la felicidad que no consiste en poseer y estar lleno, sino en la relación con todo lo que es. Nos une, por tanto, a todas las personas, a toda la tierra, al cosmos en el que vivimos y somos; desde esta experiencia holística, desde esta espiritualidad, podemos intuir las razones profundas de nuestra existencia y su inspiración latente más profunda: Dios.

Pero la pregunta inmediata permanece: ¿cómo resolver ahora, con humanidad y eficacia, la urgencia de situaciones tan urgentes y dolorosas para tantas personas? Es indudable que esta teología nos motiva a la solidaridad y sinergia, a la cooperación y ayuda mutua como conducta básica para encontrar respuestas comunes, a la ayuda, colaboración, solidaridad.



Aun así y de todas formas permanece una pregunta inquietante. Este episodio se superará, aunque con un elevado coste humano; pero vendrán otros, como recordaba el citado autor de 'La peste'.

Además sus graves consecuencias económicas, políticas, sociales son de largo alcance. Son necesarios, en consecuencia, un cambio cualitativo de mentalidad, otro modo de pensar y de vivir, de creer.

Las respuestas, por tanto, no pueden ser ocasionales. Es necesaria otra visión del mundo, recuperar y cultivar valores de relación con los demás, de respeto y cuidado de la naturaleza. La teología puede aproximarnos a orientaciones y formas nuevas de pensar, ofrecernos una hermenéutica que nos abra a nuevos sentidos; pero además es necesaria una profunda motivación, otras convicciones, una interiorización personal y colectiva que nos lleve a afrontar lo real en toda su complejidad y totalidad, a situarnos ante la vida con responsabilidad compartida, a comprender y comprendernos en Dios. Es decir, se hace ahora especialmente urgente una teología con Espíritu que, sin olvidar las grandes tradiciones religiosas, nos abra a la profunda conexión de todas las cosas; que descubra que la persona, la tierra, el cosmos están animados por el espíritu que les confiere unidad y conduce a experimentar una conciencia vital para buscar la relación consigo mismo en todas sus dimensiones, con los demás, con la tierra, con Dios.

En el universo, tal como lo conocemos, la mujer y el hombre son la expresión más acabada del dinamismo del Espíritu; con sus grandes limitaciones, ciertamente, pero son la única existencia concreta capaz de interpretar la vida, de tomar conciencia de ella, de expresarla simbólicamente, de sentirse libres, de progresar, de trascenderse, de amar. Para ello es necesario comprender que lo importante no es dominar/poseer, sino relacionarse/dar; que no somos el centro de todo, sino parte de un todo dentro de una inmensa complejidad: que estamos dentro del cosmos, de su vida y el cosmos y su vida están en nosotros.

En esta espiritualidad, profundamente subjetiva, la persona se siente ella misma, su idiosincrasia, las razones que dan sentido a su existencia. En ella se expresa la conciencia de la persona que nos confiere nuestra personalidad diferenciada relacional e implica nuestra corporeidad, interioridad y aliento vital. Esta espiritualidad significa los valores más profundos y vitales que nos animan a vivir, a actuar, a amar. “Es la fuerza inspiradora del pensar, del sentir y del actuar de una determinada persona o comunidad”, como la describe Marià Corbí.

Esta forma de espiritualidad es hermenéutica y nos lleva a comprender de una nueva manera los acontecimientos positivos y negativos y a afrontarlos con un sentido diferente al que el individualismo y el egocentrismo nos han habituado; nos abre al biocentrismo que nace como energía desde lo más profundo del cosmos, superando dualismos y antropocentrismos. Nos conduce a una ética cósmica de relación con las personas y pueblos, con la tierra y el universo, buscando y creando bien común, humanismo planetario donde cambia el sentido de la economía, de la política. Es una ecoética liberadora de solidaridad, de igualdad, de dignidad sin exclusiones.

Cuando nuestro modo de vida se ha desestabilizado profundamente, no solo por el Covid-19, sino porque nuestra civilización occidental había ya causado ese profundo desequilibrio con un desarrollo suicida, esta pandemia ha provocado un dramático shock que ha conmovido al mundo.

Esta traumática y dolorosa experiencia puede ser comprendida desde esa espiritualidad que nos abre, nos convierte a un nuevo modo de vida y descubre un mundo de esperanza donde la seguridad anhelada no viene de la posesión y acumulación de bienes, sino de la solidaridad; donde el bienestar no es aislamiento y egoísmo, sino relación; donde vivir no es consumir, sino compartir; donde la tierra no es un instrumento inanimado y explotable sin límites, sino un ser vivo, generador de vida, que debe ser cuidado y querido, porque ella nos cuida y quiere; donde la fuente de la vida no está en el dinero acumulado, en la producción ilimitada y en el consumo desenfrenado de unos pocos a costa de la pobreza de muchos, sino en la igualdad y la justicia; donde, en definitiva, el hombre-mujer no es el centro del mundo, sino una profunda relación holística donde nadie puede prescindir de los demás en la tierra que habitamos.



En última instancia, tanto la teología que interpreta la vida, como la espiritualidad que la vive, nos disponen a una radical conversión hacia el ‘buen vivir’ que despliega actitudes creativas de cercanía, amistad, colaboración, sinergia, confianza, solidaridad. Ahí iremos buscando con garantía de éxito las respuestas a los decisivos desafíos a los que la situación de nuestro mundo nos confronta, descubriéndonos su raíz más honda y abriéndonos a respuestas holísticas que laten en la energía espiritual que nos envuelve y anima.

Félix Placer Ugarte